

UNA NUEVA VALORACION DEL GENERAL SAN MARTIN

[Prólogo al libro del embajador argentino Eduardo L. Colombres Mármol, titulado: *San Martín y Bolívar, en la Entrevista de Guayaquil*, que aparecerá próximamente, y en el que, sobre la base de documentos inéditos y de un escrupuloso reajuste crítico de todo lo conocido, se devela el misterio de la célebre conferencia, y se nos ofrece una renovada visión de nuestro gran Capitán]

1. El nuevo libro y el método a que se ajusta. — 2. El asunto tratado. — 3. La historiografía precedente. — 4. Los nuevos documentos. — 5. Conclusión valorativa.

El libro que va a leerse presenta tres singularidades que lo caracterizan, y que, por ello mismo, lo harán destacable en el conjunto de la producción congenera. Las puntualizo diciéndolo que son: un agudo *balance crítico* de cierta parcela de la historiografía americanista; un *aporte documental* de piezas desconocidas y de valor categórico; y una *presentación*, al vivo y sin empleo de habilidad retórica alguna, de la figura moral de José de San Martín, que emerge así, como en una resurrección verdadera, de un heterogéneo conjunto de vestigios documentales y de testimonios tamizados por la discriminación penetradora. El fundamento de cuanto digo lo hallará de inmediato quien leyere, en la exposición que haré enseguida. Va ella a manera de presentación del libro, pero con el carácter

de un complemento a mi modesto ensayo: *Historia crítica de la historiografía argentina*, y a simple título de tal. La generosidad del autor del presente volumen — el embajador argentino, don Eduardo L. Colombres Mármol —, con ser tanta y tan espontánea, no puede cubrir, hasta ocultarla, una realidad patente para todos: la de mi insignificancia frente al ruidoso enjambre de los áulicos solemnes, que marisclean en el campo de la materia de que trata este libro, y a quienes hubiera acomodado prologarlo, en actitud de padrigazgo eficaz. No es esto ni un desahogo, ni una expresión de insincera modestia. Es, en cambio, la definición precisa de lo que constituye la naturaleza y el alma motora de estas páginas prologales. El embajador Colombres Mármol ha querido confiármelas por que no buscaba que fueran ellas para su libro lo que las composiciones laudatorias que los escritores de tiempos idos colocaban a la cabeza de sus volúmenes, como para disponer en su favor el juicio del leyente. Aspiraba a otra cosa: a que quien — con acierto o sin él — ha juzgado la producción historiográfica argentina, de todos los tiempos, valorara también su trabajo, fruto de la investigación honesta, y realizado bajo la luz, perennemente encendida, de su recto patriotismo. Y por que ese fué el espíritu del pedido, acepté el honor de este prólogo. Queda así, puesta en claro, mi presencia en la portada del volumen. Pero no he de pasar a cumplir con lo substancial del cometido, sin señalar lo que este libro, en si mismo, tiene de destacable y de ejemplarizador. Quiero referirme a que es el fruto de una labor paciente de estudio, que no buscó el fácil alardeo de la publicidad, y que fué realizada por un diplomático de carrera, que creyó servir al país, defendiendo, a la par, sus derechos de ahora y la integridad del patrimonio de su pasado glorioso. Porque el embajador Colombres Mármol ha elaborado este volumen sobre la base de un largo peregrinaje investigativo a través de la producción escrita y a través de la más desconocida documentación inédita. Un fuego interior ponía entusiasmo en sus andanzas eruditas, y la sazón del fruto obtenido dice a voces cual ha sido

la importancia de su éxito. El país, por eso, le será deudor de haber logrado dar, con el hallazgo de documentos desconocidos y de extraordinaria fuerza probatoria, un remate último a la infundada denigración que, en ciertos sectores americanos, se ha venido haciendo de nuestro héroe climáxico, el general San Martín. Y si al simple encuentro de documentos ignorados se añade el ceñido reajuste crítico de toda la producción historiográfica atinente al llamado *misterio de la entrevista de Guayaquil* — la fuente hipocrenética en que han bebido los denigradores de nuestro gran Capitán — que en este libro se realiza con una ponderación de criterio no frecuente, habrá que convenir en que esa deuda a la que me refiero es de aquellas para las cuales no puede regir la prescripción.

Con lo dicho creo dejar cumplida una elemental obligación de justicia.

EL NUEVO LIBRO Y EL MÉTODO A QUE SE AJUSTA

Dije al iniciar mi exposición, que consideraba que eran tres las singularidades que caracterizan al volumen, y señalé como la primera a la naturaleza de reajuste crítico que constituye lo que es en él más vertebral. Ahora bien: ¿dónde está ello revelado, de modo claramente perceptible? La respuesta no obliga a mucho. Basta invitar al lector a que recorra, cuando menos, los capítulos dedicados al llamado *monarquismo de San Martín* y al análisis de las variadas versiones que, desde 1822 hasta ahora, han corrido acerca de lo tratado en la célebre Entrevista, y a la actitud que en ella asumieron, respectivamente, Bolívar y el Protector (1). Los elementos informativos, los juicios formulados acerca del suceso y todo lo que al aspecto histórico del hecho se refiere, están presentados objetivamente, en seriación lógica, y ofrecidos al estudio del lec-

(1) Son los capítulos I y II de la *Tercera parte*.

tor después de su paso por el tamíz, de trama estrecha, que usa para sus menesteres la exégesis historiográfica. A la aseveración de los unos va pareado el aserto de los otros, y frente a ambos la contraprueba de los textos documentales, usados dentro de las normas de una técnica rigurosa, y sin ninguna preocupación alegativa. Este libro difiere, pues, de todos los anteriores consagrados al mismo tema — y de los que luego me ocuparé en conjunto — cuando menos porque en él no se polemiza, no se substituye el dato desconocido o inconveniente para la tesis a defender con el adjetivo sonoro, y, sobre todo, porque ninguna cosa se afirma que no tenga su base en una prueba depurada (2). Y nadie ignora que ha sido lo contrario a este último, precisamente, el rasgo acentuado que tuvo, de ordinario, la producción similar antecedente. Los escritores que abordaron el tema, en efecto, usaron los testimonios más dispares, y a *prima facie* más inadmisibles, sin discriminación alguna, situándose, en punto a exigencias críticas, en el plano genuino de una historiografía anterior al Humanismo. No supieron o no quisieron discernir entre lo fundado o lo infundado de un testimonio, y guiándose, de preferencia, por el llamado “criterio de autoridad”, aceptaron las versiones que corrían, si ellas habían sido respaldadas, alguna vez, por la solvencia intelectual, la posición jerárquica o simplemente la prestancia política que las gentes atribuyen con facilidad a los encumbrados. A este respecto en el libro que prólogo se nos brinda un caso extremadamente típico: el del análisis a fondo del testimonio de Sarmiento acerca de lo tratado en

(2) La necesidad de ello era tan imperiosa que voy a señalar, por mi cuenta, un hecho de franca elocuencia. Es este: El historiador colombiano José Manuel Restrepo, en su *Historia de la revolución de Colombia*, etc., tomo III, edic. de 1858, pág. 121, inserta, entre comillas, trozos de un documento que habría producido San Martín en trance de lograr, con la colaboración del virrey La Serna, la pacificación definitiva de esta parte de América, sobre la base del establecimiento de una monarquía. El narrador no dice donde se halla el original del papel que extracta, y agrava la duda que acerca de su autenticidad puede presentarse al espíritu del lector, informando en una nota — tomo III, pág. 609 — que las proposiciones de San Martín, contenidas en la

Guayaquil (3). El embajador Colombres Mármol ha sabido despojarse bien, en esta y otras ocasiones, de todo prejuicio, favorable o desfavorable para el problema en estudio, y ha sometido a prueba austera de resistencia el elemento testimonial. Debe subrayarse el hecho de que, a diferencia de lo acontecido hasta ahora, en el campo de los polemizadores *bolivarianistas o sanmartinistas*, el autor no ha descendido nunca al ultraje ni al vilipendio de nadie para plantear las discrepancias que, con lo admitido como veraz, ofrecen los varios testimonios desconocidos o mal aprovechados. Quizá pueda atribuirse hasta a ese detalle la evidente lozanía que se advierte en este libro, consagrado a un tema que se nos antoja viejo y trilladísimo, y que, sin embargo, aparece aquí fresco y novedoso.

Claro está — me adelanto así a la objeción de cualquier posible dómine — que mucha de esa mocedad que aflora en el libro, tiene su origen en la circunstancia de que en él se utilizan, por primera vez, documentos que no lo habían sido antes, y en la complementaria de que a muchos datos conocidos se los presenta aquí dentro de una ordenación ajustada a la realidad de lo acaecido, razón por la cual adquieren un

pieza, que él sintetiza, y que eran el complemento de la *memoria* que en parte transcribe, parece que no se presentaron... En esa afirmación no vá implícitamente ni siquiera la duda acerca de su genuinidad, pues Restrepo (III, 609 nota 7*), la garantiza de modo categórico.

Ahora bien: ¿qué debe pensar el lector si, después de seguir el relato de Restrepo, va en consulta a lo que, sobre el mismo hecho, narra Mitre (*Historia de San Martín*, 2ª edición, tomo II, pág. 655), según el cual la proposición monarquista atribuida a San Martín *no consta textualmente en ningún documento escrito*? ¿A quién prestar fé, sobre todo si se está en noticia de lo que aseverara Tomás Guido en sus apuntes: *Negociaciones de Punchauca* ("Revista de Buenos Aires", tomo VII), donde, además de abundar en detalles, informa que todos los papeles de esa célebre gestión fueron publicados en Lima, en 1821, y en un folleto que él mismo dirigió?

He ahí un problema cuya característica señala los perfiles de los muchos que ofrece la cuestión abordada en este libro, y, a la vez, dice de la imperiosa necesidad que había de realizar la exégesis crítica que en él se lleva a cabo.

(3) Léase lo pertinente en la *Tercera parte* del volumen.

sentido de que antes carecían. De cualquier modo, sin embargo, la mentada lozanía existe. En cuanto al aporte documental que este libro hace al conocimiento de lo que fué, en sí misma y en sus ulteriores consecuencias la Entrevista de Guayaquil, es cosa de importancia incuestionable. Por eso, según se recordará, he señalado tal hecho como la segunda de las singularidades que dan individualidad distintiva a este volumen. Ya se ha de ver, más adelante, cuánto monta el valor del nuevo aporte.

Todo lo anterior presente, resta, todavía, adentrarse un poco en la tercera de las peculiaridades del libro que nos ocupa. Conciérne ella a lo que he llamado la *resurrección* de la figura moral de San Martín, y cuyo solo enunciado importa un claro señalamiento a mi obligación de prologista. Sin esfuerzo me avengo al cumplimiento de ese deber, y digo, con la seguridad de no caer en hipérbole, que quizá, hasta ahora, no se nos haya ofrecido, en plano de rigidez científica, una visión de la personalidad moral de nuestro héroe, como lo que está concretada en este libro (*). No creo, naturalmente, que la labor del embajador Colombres Mármol sea en este particular exhaustiva, pero afirmo que señala el nuevo camino a seguir para bucear en el mundo interior del extraordinario personaje. Y eso solo es ya cosa de cuantía. Como se vé, pues, estamos en presencia de un libro que resulta doblemente nuevo: porque sale a la luz por primera vez, y porque encierra un contenido diferente del que nos ofrecen los otros consagrados al mismo tema que él aborda.

EL ASUNTO TRATADO

Por muy rudimentaria que sea la información histórica de quien ponga sus ojos en estas páginas, no lo ha de ser tanto como para no estar en noticia de que los dos grandes capi-

(*) No hago excepción ni con el libro de Ricardo Rojas: *El santo de la espada* (Buenos Aires, 1933), por su acusadísimo carácter de producción emocional, y confesadamente artística.

tanés de la América revolucionaria: San Martín y Bolívar, realizaron un encuentro amistoso, en 1822, y que a tal episodio se le conoce con el nombre de *La Entrevista de Guayaquil*. En el haber popular, dicho encuentro, que parecía destinado a buscar un acuerdo para la definitiva estabilización de la independencia sudamericana, se ofrece rodeado de misterio y de enigmas, y ordinariamente admítase que de aquella conferencia salieron: un triunfador, que lo fué Bolívar, y un vencido, que resultó San Martín ⁽⁵⁾. Autorizaría a pensar en la exactitud de ello, — al decir de los difundidores de la especie — la circunstancia conocida de que, después de su entrevista con Bolívar, San Martín, apresurando la terminación de las gestiones en el Perú, renunció a su carrera militar y política y ocultóse en la penumbra de un total renunciamento a toda actividad pública. Acerca de las causas reales que lo decidieron a tal actitud, háñse bordado toda clase de conjeturas, naturalmente que sobre la base de que jamás podría señalarse su inconsistencia en razón de que lo tratado en Guayaquil, por los dos libertadores, se tenía por un secreto que nunca habría de sernos develado ⁽⁶⁾. El juicio se constrúa, pues, con ele-

(5) Tal ha sido el concepto corrientemente expuesto, hasta por quicnes, como Mitre, podrían reputarse panegiristas del gran general. En efecto, el nombrado historiador, (*Historia de San Martín*, edic. de 1890, III, 623) asienta su juicio sobre esa situación del Protector, la que, por otra parte, puntualiza como tal a lo largo de todo el capítulo XLVI de su citada obra.

(6) Siempre se reputó que una niebla de misterio envolvía lo conversado entre San Martín y Bolívar, y aunque éste, según luego se verá, dejó trascender en varios documentos algo de lo que debatieron ambos, la circunstancia de que San Martín se impusiera un riguroso sigillo sobre el punto, creó ambiente propicio para la fábula. El mismo Mitre, tan frondoso en lo relativo a la historia externa de la Entrevista, no aleanza a convencernos de que logró penetrar en lo hondo de lo tratado en ella, pues, cuando mejor parece expedirse, lo hace, visiblemente, en el terreno de las simples conjeturas (Véase: *Historia de San Martín*, tomo III, cap. XVI). Rojas, a su vez, (*El santo de la espada*, págs. 303 y siguientes), corta el nudo que le ofrece el asunto, con una aseveración en exceso precipitada: la de que en su conferencia con Bolívar, San Martín no trató otro tema que el militar.

He tomado, como se habrá advertido, dos extremos historiográficos: el de la erudición que aspira a ser meticulosa, y el de la evocación lírica del héroe. No hay para que decir que lo que queda entre ambas opuestas

mentos informativos que resultaban de lo que bien podía tenerse por efectos lógicos de lo acontecido en la conferencia, y que se plasmaron en las actitudes posteriores a ella, asumidas por ambos contertulios.

Ahora bien: dos circunstancias muy particulares, que en la realidad del desarrollo histórico no guardaron relación alguna entre sí, aparecieron, de pronto, interdependizándose y sirviendo como una paralela de rieles para que corriera sobre ella, a través del tiempo y de América, lo que debe ser llamado, valientemente y por su verdadero nombre: el desprestigio de San Martín. Indicaré, de inmediato, cuáles fueron esas dos circunstancias a las que quiero referirme.

La primera de ellas es una de orden espiritual, aneja a la persona de San Martín mientras éste actuaba en el Perú y que el mismo ha denunciado en su correspondencia privada: cierta resistencia a su gestión de Protector, y el consiguiente desencanto que le invadiera cuando pudo comprobar la calidad moral de muchos de los que lo rodeaban. *Ya estoy cansado de que me llamen tirano* — escribía O'Higgins el 25 de agosto de 1822 — agregando que lo estaba también de que se susurrara, *en todas partes*, que quería *ser rey, emperador y hasta demonio* (7). Esta manifestación de su estado anímico, que San Martín hacía a un mes de su conferencia con Bolívar, llevó un aditamento: el de expresar, con claridad absoluta, que tenía el firme propósito de substraerse, en el futuro, a toda actividad política, pensando que había *sacrificado su juventud al servicio de los españoles*, su *edad media a la patria* y que, por ello, creía tener derecho a disponer de su *vejez* (8).

latitudes, se ofrece avecinándose a una de ellas: o porque, con elementos externos, procura inferir lo interior no develado del suceso, o porque prescindiendo de los más y escogitando los que reputa aparentes, se resuelve por una sentencia categórica. En el último de los casos, suele ser ella condenatoria de San Martín, para sus adversarios, y de absolución benevolente para los que no lo son. En todo momento, sin embargo, unos y otros convienen en la realidad del misterio que parece rodear al episodio célebre.

(7) *Archivo de San Martín*, Buenos Aires, 1910, tomo Vº, pág. 517.

(8) *Idem*.

Según se echará de ver, en 1822, año de la Entrevista, San Martín estaba hastiado de la gestión política, y, a su entender, no gozaba de sólido prestigio como mandatario.

Pues bien: a ese hecho vino a unirse, luego del célebre encuentro, y, precisamente sacando partido de lo reservado y misterioso de la Entrevista, el segundo factor a que me he querido referir con anterioridad. Concretóse en el hecho de que los émulos celosos del militar indiseutado, los repúblicos sensibleros y con apetencia de notoriedad democrática — que era cosa fácil en un ambiente de inferioridad cultural como el de esa hora —, los teorizadores políticos sin mucha enjundia en la doctrina, y, por último, todos los que vivían de las espaldas a la patente realidad, soñando con edenes imposibles, echáronse encima del prestigio del Protector para enlodarlo, sin repugnancia alguna por los recursos de que apelaban en la empresa. Abundan los detalles hediondos, pero de un naturalísimo fondo humano. Quizá baste para juzgarlos, escogitar, entre ellos, el grupo de los que pertenecen a la actitud de Cochrane, el más resuelto vilipendiador de San Martín, y cuyos desahogos de perseguido por la actitud recta y militar del Protector, frente a su documentada inconducta ⁽⁹⁾, son de noticia corriente, tanto como lo es la de que han sido sus escritos personales o los que se compusieron bajo su inspiración y su dictado ⁽¹⁰⁾, las fuentes preferidas para la cosecha infor-

(9) El fundamento de esta aseveración es inconvencible como que lo ofrece un conjunto documental de fácil consulta. Se hallará en colección titulada: *Documentos del archivo de San Martín*, 12 vols., Buenos Aires, 1910, especialmente en el tomo VIII, págs. 379 y siguientes. Allí se sabrá que la causa, no confesada por Cochrane, de su desafecto hacia San Martín, tenía naturaleza desdolorosa, desde que se refería a cuestiones de dinero, en las que el enconado detractor no se había manejado con la corrección debida.

(10) Me refiero a los libros de María Dundas Graham: *Journal of a residence in Chile during the Year 1822, etc.*, aparecido en Londres en 1824; y de William Bennet Stevenson: *Historical and Descriptive, Narrative, etc.*, London, 1825, 3 vols., que fué traducido, al francés, en 1826, y que sirvió de fuente a muchísimos escritores, durante largo tiempo. En ambos libros la pasión enconada de Cochrane se filtra de mil diversas maneras, hasta en los adjetivos que suelen acompañar a la mención el nombre de nuestro general.

mativa de que se sirven todos los detractores. Y es por el lado de esa producción por donde debe buscarse el origen de la mayor parte de las especies, que en orden a la vida privada de San Martín, se han difundido frecuentemente. Porque es Cochrane el que ha escrito que nuestro general tenía *una ambición inconmensurable*, el que ha dicho que *creía que el dinero lo podía todo*, y el mismo que ha esparcido la versión de que el Protector, en 1822, estaba en franca decadencia *por el uso del opio y del aguardiente, de que era esclavo* (11). La tesitura moral del nombrado informador, que muchos, interesadamente, consideran *un testigo digno de fé*, la alcanza a percibir cualquiera que recorra la correspondencia que el más tarde implacable detractor cambió con su entonces amigo San Martín, antes de que éste, por la vía del Ministro Monteaugudo, le llamara al más elemental cumplimiento del deber. Las piezas se hallarán en el *Archivo de San Martín*. Indico, como muy reveladoras, las que figuran en el Vol. VIII, págs. 272 y sigtes. hasta la 353. Allí podrá conocerse la doblez de quien, cuando no había cómo pedirle cuenta de sus palabras, tergiversó los hechos y hasta se atribuyó actitudes tonantes a las que estuvo muy ajeno (12). La falacia de su testimonio que

(11) *Memorias de Lord Cochrane*, en: "Colección de historiadores y documentos para la historia de Chile", tomo XIII, Santiago, 1905, págs. 299. El original, en inglés, se publicó en 1859, siendo traducido al castellano, en parte y por M. Bilbao, que lo publicó en 1863, utilizando los talleres de la imprenta Garnier Hnos., de París. La versión de Bilbao ofrece diferencias con la que inserta la colección chilena citada más arriba, y, en particular, en el pasaje donde figuran las expresiones que transcribo en el texto.

(12) Recuerdo, a modo de prueba, que en sus *Memorias* (pág. 299 del tomo XIII de la *Colección de historiadores i documentos relativos a la Independencia de Chile*), dice, textualmente, que en carta del 7 de 1821, pidió a San Martín *encarecidamente que desterrase a sus consejeros y se condujese de un modo digno de su condición*. Esto lo escribe después de hacer referencia a los vicios de bebida y de opiomanía que atribuye al Protector. Pero es el caso que la carta que Cochrane recuerda — que es del 24 de agosto y no del 7 — no tiene, ni por asomo, el tono que el memorialista le atribuye, pues se reduce a quejarse de quienes asesoran a San Martín y decirle — llamándole *mi caro amigo* — que debía desprenderse de sus consejeros, *antes que sea tarde*. ("Archivo de San Martín", VIII, pág. 341).

quita consistencia a toda su diatriba cueradamente señalada, en 1863, por Vicuña Mackenna en su estudio sobre *El general San San Martín* (13). Sin embargo, ella produjo sus efectos, primero porque, como con prueba eficaz lo estableció Mitre (14), el juicio europeo sobre nuestro Libertador se fundó en ese testimonio, y en los que de él procedían — Graham, Stevenson, Miers, etc. — y después porque con sus especies se artillaron, preferentemente, los que, con distinta finalidad, han arremetido contra el prestigio póstumo del Protector. No es posible desconocer, está claro, que no ha sido Cochrane el único testimonio aprovechado en la faena denigratoria, pues harto se sabe lo que en el mismo sentido hicieron algunos amigos de los Carrera, de Chile, y de cuyas actividades es prueba rotunda un libelo indecente, donde la buena fama del Protector queda hecha un harapo (15), y otros varios que salieron de las plumas de algunos despechados (15'). Sábesese bien que

(13) Capítulo VII.

(14) *Historia de San Martín*, III, pág. 154.

(15) Aludo a uno de 32 páginas en 4º publicado anónimamente en 1825, en Buenos Aires y en Santiago de Chile, y que ha sido atribuido, indistintamente, al general Carlos María de Alvear y al chileno Diego José Benavente, biógrafo de José Miguel Carrera. Véase ERNESTO QUESADA: *El ostracismo de San Martín*, Buenos Aires, 1919, pág. 10; y CARLOS I. SALAS: *Bibliografía de San Martín*, I, pág. 160).

(15') Destaco, como muy típicos, los que, en su época, circularon con cierta profusión, unos compuestos y editados en Montevideo, en 1818 y 1819, por el general Miguel Brayer, con los títulos de *Manifiesto y Respuesta*; y otro publicado en Buenos Aires en 1821, y que no es inferior a los anteriores. Los primeros — los de Brayer — son hijos legítimos del despecho. Su autor, era un extranjero mercenario, a quien San Martín destituyó — por cobardía —, poco antes de la batalla de Chacabuco. El dato basta para saber lo que necesariamente fueron sus desahogos. En cuanto al otro — al aparecido en Buenos Aires en 1821 y al cual se alude en una carta de García del Río al Protector (Archivo de San Martín, VII, pág. 456) — sobra con tener noticia de que se atribuya al P. Castañeda, para no ignorar que es de aquellas cosas que no pueden ser tomadas en cuenta.

Con mucha posterioridad a la difusión de estos extravíos pasionales, en 1858, es decir después de fallecido San Martín, José Riva Agüero, escudándose en el pseudónimo de P. Pruvonena, publicó en Besançon, en dos volúmenes, un infundio titulado: *Memorias y documentos para la historia de la revolución en el Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*. Ya hay sentencia definitiva sobre este rimerero de injurias e inexacti-

sobre la hábil trama de tal difamación, y haciéndose uso de los más variados recursos de que puede echar mano la pasión desorbitada, comenzó a ofrecérsele, a América y al mundo, la figura de un San Martín ahito de ambición, tortuoso en los procedimientos, y cuyo único anhelo pareció no ser otro que el de implantar, en esta parte del continente colombino el sistema monárquico de gobierno, sin duda para medrar a su amparo. El felón y pervertido personaje de la referencia de Cochrane, amalgamábase así con el impúdico paladín de la instauración de un régimen gubernamental que se tenía, precisamente, por el más repudiado entre los autóctonos americanos (16). Y para acentuar el contraste, frente a un San Martín metido en andanzas censurables, exhibíase a un Bolívar jupiterino, lanzando rayos de indignación contra quienes pretendían organizar los nuevos estados sobre un plan que no fuera íntegramente republicano y democrático. En tal virtud, mientras las simpatías liberales volvían sus ojos alborozados hacia la atrayente y simpática figura de un Libertador, inquieto de modernidad, el repudio más inocultable caía sobre San Martín, especie de transnochado mental que vivía la vida con retardo. Y, como era lógico, fué entonces cuando comenzóse a explotar, hábilmente, el *misterio* de la Entrevista de Guaya-

titudes, que si intenta salpicar a San Martín, no hace nada por evitar que ocurra lo propio con Bolívar. La publicación de Riva Agüero pertenece al género de los escritos despreciables. (Véase SALAS: *Bibliografía del coronel Brandsen*, 2ª edición, Buenos Aires, 1910, págs. 172 y siguientes).

(16) Bernardo Monteagudo, en Julio de 1822, y en Lima, escribía estas palabras categóricas: *el nombre del rey se ha hecho odioso a los que aman la libertad; el sistema republicano inspira confianza a los que temen la esclavitud* ("Exposición de las tareas administrativas del gobierno, etc., Lima, 1822. Edic. facsimilar realizada por el Museo Mitre, en 1910, pág. 30).

No debe olvidarse que Monteagudo era el ministro de San Martín, y que escribió lo que he transcrito en una comunicación oficial, y por orden directa del propio Protector. Pero, tampoco, que Vicuña Mackenna ha registrado el dato de que hacia 1822, actuó en Lima, bajo la presidencia del mismo Monteagudo, una *Sociedad de amantes del Perú*, — cuyos actos originales se conservan en 1860 —, y que no tenía otro objeto que *discutir la conveniencia de monarquizar al Perú* (*El ostracismo de O'Higgins*, pág. 378).

quil. En ella — según el decir de los que se empeñaban en la denigración del general de Chacabuco —, éste fué vencido por Bolívar porque el Libertador encarnaba el espíritu nuevo de la América nueva, y su opositor lo envejecido y ya superado. En otros términos: el Libertador había anonadado al Protector, en razón de que estaba movido por la fuerza del liberalismo democrático, que todo lo avasallaba. Porque esa fué la realidad: San Martín, según los que así lo proclamaban, se había como entregado al triunfador, resolviéndose, a fuer de vencido, a ponerse a las órdenes de aquel, y a determinarse, después, a la obscuridad del ostracismo, no bien conoció la actitud desacorde con la suya que asumiera Bolívar. Tan hábil resultó la arquitecturación de la fábula, que estuvo hasta favorecida por el silencio que siempre guardó San Martín en lo relativo a cuanto constituía el tema fundamental de la Entrevista, que casi no ha escapado nadie a los efectos de su influencia. Puede darse como prueba el caso del mismo máximo historiador sanmartiniano, el general Mitre. Este, en efecto, — a pesar de ser el que mejor valora los testimonios que documentan lo externo y lo interno de la célebre conferencia —, se aviene a admitir que en ella *San Martín abogó por la monarquía y Bolívar por la república* (17). Y si eso le ocurrió a Mitre, no debe causar extrañeza lo que aconteciera a otros historiadores que abordaron el asunto. Para los más, San Martín fué un monarquista, cuando menos teórico, que no concibió la organización de los nuevos estados americanos sino dentro de un neto régimen de reyecía. Algunos han intentado disculparlo, benevolentemente, aunque lamentando su extravío, en tanto que otros hánse ensañado como para ahondar su desprestigio y para justificar el derecho a negar a nuestro héroe máximo el respeto de los países que él hiciera nacer a la libertad. El afán por lograr esto último, que tipificó a ciertas corrientes demo-liberales del siglo XIX, acrecióse con motivo del homenaje que la Francia del pensamiento libre y del vertical sen-

(17) *Historia de San Martín*, III, 636.

tido republicano, rindiera al general de los Andes en ocasión de inaugurarse su estatua en Boulogne Sur-Mer. Fué ese un curioso fenómeno de pasiones desbordadas. Contra San Martín, como en los días de Cochrane o de los amigos de los Carrera, se desataron todas las furias, en una especie de Apocalipsis literaria. El insuceso se consumó después de 1909, año en que tuvo lugar la recordada inauguración, pero, en realidad, su manifestación más categórica apareció en la revista “*Hispania*”, que se publicaba en Londres, en castellano, y en 1912. Allí, con el título de “*Crítica histórica*”: *Bolívar y el general San Martín*, el escritor venezolano don Rufino Blanco Fombona, en estilo que a ratos toca los límites de la chabacanería (18), se despachó a paladar, denunciado mucho inexplicable encono y hasta desconocimiento de los hechos históricos que pretendía juzgar (19). Toda su nota se movió hacia el propósito de empequeñecer al Protector, para engrandecer, por contra peso, a Bolívar.

El episodio que acabo de recordar habría sido intrascendente, sino hubiera resultado el punto de partida de una reavivación de cierta tendencia malsana a realizar paralelismos entre dos figuras eminentes que polarizan, cada una de ellas, los sentimientos y los amores de dos pueblos distintos. ¿Quién es más *grande*? parecían preguntarse los que se disponían a la lisa: ¿San Martín o Bolívar? Para dar la respuesta salían a hacer levas informativas, con notoria disposición espiritual de abogados en trance de alegato. Así, se renovó la vieja cuestión del monasquismo de San Martín, y así volvieron a retor-

(18) Este verdadero *spécimen* de pseudo crítica histórica, fué reproducido, con acotaciones adecuadas que escribió Florencio César González, en la revista *Renacimiento*, que se editaba en Buenos Aires (Abril de 1913, año IV, N° 37). Allí se podrá verificar la justeza con que acomoda a la prosa del periodista venezolano la calificación que hago de ella. Será suficiente, para eso, detenerse frente a las frases que el escritor emplea para juzgar, por ejemplo, a Bernardino Rivadavia.

(19) Ejemplifico recordando su aseveración de que *Bolívar, jamás, jamás, volvió a ocuparse del asunto*. Se refiere a la Entrevista de Guayaquil, ignorando, cuando menos, gran parte de lo que en este mismo volumen que prologo se documenta en sentido contrario al de su afirmación.

cerse los textos documentales y los testimonios, para hacerlos servir en una *demonstración* que carecía de todo recto sentido científico. De uno y otro bando salieron producciones de vida efímera y de naturaleza inconsistente (20), que sólo produjeron, como fruto cierto, el enturbiamiento de la visión histórica y la pérdida de la quietud que gozaban los espíritus. El remate de ese movimiento, que no era revisionista en el austero sentido del término, fué la publicación que hizo la Editorial América, con asiento en Madrid, y en su "Biblioteca de la juventud hispano americana", de un tomo titulado: *La Entrevista de Guayaquil*. El volumen apareció hace un cuarto de siglo, y fué compuesto con la reproducción de varias monografías — unas recientes y otras antiguas — ensagradas todas al zarandeado episodio (21). Pero con esa contribución a pesar, no estaba satisfecho el anhelo que el presente libro del embajador Colombres Mármol realiza. Había que examinar objetivamente, con celoso sentido crítico, cuanto se ofrecía como testimonio comprobatorio de lo que fué la personalidad de San Martín; de lo que se trató en la célebre Entrevista; de las causas que determinaron el ostracismo del Protector, y, por último, de la naturaleza que tuvo — de ser exacta la versión de lo que se ha llamado su monarquismo — la proposición suya de levantar tronos en América. Para lograr todo eso, era requisito indispensable valorar bien los fundamentos de cuanto se ha difundido en la historiografía en auge; iluminar el resultado de esa operación con el haz de luz de nue-

(20) En nuestro país un libro de ese tipo fué el que publicara, en 1913, Juan Esteban Guastavino. Se titula: *San Martín y Simón Bolívar: Glorifobia y cochranismos póstumos*. Ni por la forma ni por el contenido, el libro de Guastavino resultó superior a los congéneres del otro bando.

(21) Son los de Ernesto de la Cruz, escritor chileno, que escribió su trabajo en 1913 y lo perfeccionó un año después; José Manuel de Goenaga, colombiano, que publicó su estudio en 1915; Bartolomé Mitre, argentino, que historió la Entrevista en 1890; y Carlos Villanueva, venezolano, que difundió sus investigaciones en 1913.

No hay necesidad de decir que este ramillete historiográfico está aderezado para servir intereses que no son, cabalmente, los del esclarecimiento objetivo de la verdad, aunque el editor, en nota de la página 103 del volumen, aspire a convencernos de lo contrario.

vos documentos, y, como remate, sumergir el espíritu en una real contemporaneidad con el pretérito, cuando menos para llenar aquella condición que fija Bacón como necesaria a la *dignidad* de la historia: *antiquum facere...* (22). Ese era el único camino. Y eso es lo que aquí se ha hecho, marcando, ello sólo, una diferencia cierta entre éste y lo anterior. Había sin embargo, como entrar, al asunto aún antes de que el embajador Colombres Mármol hubiese dado con las reveladoras piezas que constituyen su aporte documental al dilucidamiento del problema histórico de la *Entrevista*, y consistía todo en plantear la cuestión del monarquismo dentro del cuadro que en 1860 señaló Vicuña Mackenna en su libro: *El ostracismo de O'Higgins*. Allí, en efecto, (23), sin dudar de que San Martín era *esencialmente monarquista*, el historiador chileno procuró desentrañar la causa de tal actitud, aparentemente en disonancia con la personalidad del gran capitán, sobre todo si se la contemplaba en su conjunto, y creyó llegar a la certeza de que ello se debía a que hallándose dispuesto, preferentemente, a resolver la cuestión de la independencia, se encontró de súbito a oscuras en lo relativo al régimen gubernamental que admitían las posibilidades americanas de entonces. Tal vez no sea esa la razón determinante del criterio que adoptara el Protector, pero, de cualquier modo, adviértese dignidad en el procedimiento del crítico trasandino. Si todos le hubieran imitado, es muy probable que otro hubiera sido el resultado de las indagaciones, y otro bien distinto, el valor de la historiografía en que se las expuso. Por de pronto, habríamos evitado mucho agravio injusto y más de una composición vanal. No cabe duda alguna, después de todo, que no siendo una cosa personal y desentonada la actitud asumida por San Martín, en este asunto, era de necesidad bucear la entraña de su momento histórico, cuando menos para encontrar el recto sentido que hace posible la comprensión de lo

(22) BACÓN: *De dignitate et augmentis scientiarum*, libro II, cap. V.

(23) Capítulo XIII, págs. 365 y siguientes.

pretérito (24). Además, era, también, de imposición lógica verificar — apartándose de los diceres de los mal informados y de las certificaciones calculadas de los prevenidos — si, en realidad, San Martín, de ser partidario de la reyecía gobernante, lo era sólo por una imperiosa transacción con la fatalidad de su hora, cuya naturaleza se ofrecía dual — europea y americana — y sí, en puridad absoluta, su llamado *monarquismo* no resultaba otra cosa que la concepción de una forma de gobierno fuerte, de tipo personal, que se opusiera, como valla insalvable, al avance de la pintoresca demagogia revolucionaria y al irremediable desastre de la anarquía destroncadora. (25).

El análisis necesario de los vestigios eruditos, que nadie ha hecho, por lo menos con un sentido verdadero de la exégesis, es el que se realiza en este libro, en el capítulo titulado: *El monarquismo de San Martín*, y la severidad del método empleado en él, lo que me autoriza a considerarlo una superación de todo cuanto conocíamos.

En resumen: el asunto de esta monografía es la Entrevista de Guayaquil, pero no en lo que ella puede ofrecer de episodio de historia externa, sino en lo que constituye su parte substancial, y, por ello mismo, interior y recóndita. Por este

(24) No se requiere gran esfuerzo de indagación para cerciorarse de que el momento en que se produjeron los sucesos en que actuó San Martín, era el de una hora de necesidad monarquista. VICUÑA MACKENA (*El ostracismo de O'Higgins*, págs. 377 y 378) abunda en datos que así lo testifican, entre los que no faltan los documentos referentes a ciertos planes del propio Bolívar. Me parece adecuado añadir que el razonamiento más preciso que cuadra hacer sobre el punto, lo expuso *El pacificador del Perú*, en su número del 30 de mayo de 1821, pág. 4. Allí se perfila bien cuál era la situación espiritual de los que se avenían al régimen monárquico, salvada la independencia, y cuál el de los que se oponían a esa solución. (Consúltese *Museo Mitre: La prensa en la independencia del Perú*, — reimpresión a plana y renglón — Buenos Aires, 1910). Es de necesidad no silenciar, naturalmente, que Monteagudo era el redactor principal de los periódicos reunidos bajo el rubro transcripto.

(25) Ese pensamiento fué el que expresó San Martín en carta a Pedro Palazuelos, el 22 de agosto de 1842, al decir que era partidario de que las constituciones que se daban a los pueblos, estuvieran acordes con su instrucción y su género de vida. Ver VICUÑA MACKENA: *El ostracismo de O'Higgins*, Valparaiso, 1860, pág. 380, nota).

libro se sabrá, pues, no sólo lo que se rató en la conferencia que mantuvieron San Martín y Bolívar, sino, también y particularmente, cuál es el sentido auténtico que tienen las actitudes de uno y otro libertador, y cuál, asimismo, el alma motora y el alcance real de sus proposiciones, de sus planes y de sus anhelos. En virtud de todo ello estoy seguro que este libro tiene la verdadera importancia de un paso adelante en la historiografía nacional.

LA HISTORIOGRAFÍA PRECEDENTE

Ha quedado establecido ya, creo con claridad notoria, que tanto el juicio acerca de la personalidad de San Martín como la información sobre lo ocurrido en la Entrevista de Guayaquil, han pasado por las varias etapas de un largo proceso. Pues bien: de él, en lo que concierne a la producción historiográfica consagrada a la célebre conferencia, voy a tratar ahora, para establecer — aunque eso ya pueda habérselo deducido de cuanto llevo escrito — cuál es el lugar que ocupa el presente libro en el conjunto de la producción a la que pertenece. Y vamos a ello.

Dije en su adecuada oportunidad, según se ha de tener presente, que lo tratado por ambos libertadores en la Entrevista de Guayaquil — en julio de 1822 — fué considerado siempre como cosa de sigilo y como tema propicio para ejercitar las inferencias más aventuradas, por la vía de la interpretación de las consecuencias que tuvo el episodio. Falta decir, sin embargo, que a pesar de ello, corren impresas diversas notas, varias monografías y algunos capítulos de obras historiográficas de tipo general, en todas las cuales sus autores se han afanado por develar la totalidad del supuesto misterio, o, cuando menos, por aprovechar sus naturales rendijas para atisbar por ellas lo que hubo en el interior de aquel suceso. Computo en el grupo de esta producción, como se sospechará, los documentos, llamaríalos oficiales, que atañen al asunto, y

en los cuales pueden aparecer, veladamente, indicios de lo que se quiso cubrir con el sigilo. Y lo hago por considerar que siendo, como son en su mayoría y en realidad, informes para el porvenir, alcanzan a tener cierto matiz historiográfico, que no debemos desechar. Asimismo, la circunstancia de que sean esos informes el habitual surtidor de datos y el ordinario cimiento de las más encontradas hipótesis, dá consistencia de lógica al procedimiento que adopto. Una salvedad, no obstante, conviene establecer. Lo es la de que no adiciono a tales informes las cartas privadas que se cruzaron entre Bolívar y San Martín y entre uno y u otro libertador y sus amigos y compatriotas, con posterioridad a la Entrevista, en razón de que pienso: primero que por su naturaleza difieren de los informes; y después que recién con el hallazgo de las que faltaban, que es el que ha realizado el señor Colombres Mármol — según se podrá verificar en este libro — se cierra su serie, consistiendo en eso, precisamente, la efectividad del nuevo aporte a que me he referido varias veces. Concretando, ahora, el asunto, plantearé así sus términos precisos: La Entrevista de Guayaquil, hasta el momento en que aparece este volumen, nos era conocida:

a) Por relatos oficiales, como lo es el que por mandato de Bolívar escribió su secretario José Gabriel Pérez, dos días después de realizada la Entrevista (26);

(26) Lleva fecha del 29 de julio de 1822, está fechado en Guayaquil y va dirigido al Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia. La reproducción fotográfica de la pieza la ha efectuado José Manuel Goenaga, como anejo a su estudio sobre la célebre conferencia, y se podrá ver en el volumen de la “*Biblioteca de la juventud hispano-americana*”, (Editorial América), titulado *La Entregista de Guayaquil*.

No puede caber duda, ni acerca del carácter oficial del documento, ni en cuanto a que él es la expresión fiel del pensamiento de Bolívar. Tiene importancia ese detalle, pues en tal pieza se manifiesta que San Martín habría expresado al Libertador que el gobierno *no debía ser democrático en el Perú, porque no convenía, y últimamente, que debía venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar aquel Estado*. Y se acrece la señalada importancia si se considera que a ese párrafo sigue otro en el que se dice que a la proposición de San Martín contrapuso Bolívar la manifestación de que ni a América ni a Colombia convenían príncipes europeos, pero que si bien, por tal razón, se opondría a lo que proyectaba el Protector, estaría dispuesto, sin embargo, a avenirse a

b) Por narraciones de quienes, a distinta distancia del suceso, se declararon en posesión de datos verídicos sobre él y los dieron a publicidad con el propósito de esclarecer lo que allí había de misterioso o enigmático. Ese fué el caso de Mosquera y de Espejo, preferentemente (27);

c) Por exposiciones de los que, anhelosos de penetrar el misterio, recabaron informaciones de uno a otro protagonista, y los dieron a conocer invocando la fuente de la que pro-

la voluntad de los pueblos. De lo que luego se expresa, despréndese sólo que Bolívar no repudiaba el gobierno monárquico sino la coronación aquí de un miembro cualquiera de las ramas dinásticas que tenían entroncamientos con los viejos tronos de Europa, y que, sinceramente, no creía que San Martín tuviese aspiraciones a ocupar un trono.

(27) La publicación del general Tomás C. Mosquera, que fué personaje del círculo de Bolívar, se tituló: *La Entrevista de Guayaquil*, y apareció en 1851, en *La crónica de New York*, y, diez años después, en la *Revista de Paraná* (Nº 7, agosto de 1861, págs. 10 a 14). En lo substancial se concreta a glosar lo que Pérez escribió en su comunicado, en 1822, agregándole detalles relativos al monarquismo de San Martín, puesto de manifiesto, según él, en la entrevista con La Serna. La circunstancia de que Mosquera — contra lo que se sabe positivamente — intentó afianzar su narración en pormenores que le ofrecen como testigo presencial, quita bastante valor a su relato. Y es evidente que si se le tomó en cuenta, en su época, se debió a que no había sido revelado, a la sazón, el informe de Pérez, que parece ser su fuente hipocrenética. (En el tomo XII, — Caracas, 1877 — de la colección: *Documentos para la historia y la vida pública del Libertador*, se inserta la nota que Mosquera publicó el 28 de octubre de 1861 en *El Colombiano*, y que es una ampliación de lo publicado anteriormente, pero sin ningún cambio de fondo). La exposición de Mosquera tuvo respuesta indirecta en la monografía del general Jerónimo Espejo — compañero de armas de San Martín — quien con el título de siempre, dió a luz en Buenos Aires, y en 1873, un folleto de cierta notoriedad. Espejo enfocó su trabajo, preferentemente, hacia la rectificación de lo que sobre la Entrevista había escrito, en 1863, Felipe Larrazábal en el capítulo XXXIX de su obra: *La y correspondencia general del Libertador*. La verdad es que la rectificación se imponía desde que el historiador mencionado presenta allí un San Martín subalterno e infeliz, sirviendo a un pueblo, el argentino, de aspiraciones definitivamente monarquistas.

Rufino Guido, a su vez, edecán del general San Martín, rectificó también a Mosquera en una nota que se hallará en el *Archivo de San Martín*, tomo VII, págs. 438 y en la que asevera que la Entrevista no tuvo testigos presenciales, pues fué secreta y a puertas cerradas. Una rectificación a Mosquera, por último, fué igualmente la nota que Sarmiento, en 1851, publicó en *Sud América* ("Obras", II, 371).

cedían sus noticias. Tal es la naturaleza de lo que han narrado Lafond y Sarmiento (28);

d) Por las relaciones contenidas en las monografías especialmente consagradas al tema, o en los capítulos que a él dedicaron en sus obras los historiadores generales de América, y en cuya elaboración fueron aprovechados todos los elementos informativos ya enunciados, más las diferentes referencias que al episodio se suelen hallar en la copiosa documentación de la época (29).

No es posible ocultar que, no obstante lo frondoso de este conjunto historiográfico, el verdadero problema no ha tenido solución, o por que a algunas hipótesis, al parecer muy lógicas, les faltaban las pruebas certificadoras, o porque los que usaron de la inferencia para suplir con ella la información ausente, se corrieron demasiado lejos. Y fuera lo que fuere, lo cierto es que, en 1940 estábamos, en punto a seguridad

(28) El capitán G. Lafond incorporó a los relatos contenidos en sus *Voyages atour du Monde* (Paris, 1843, 8 vols.), numerosas referencias que directamente obtuvo de San Martín, según se puede verificar por el camino de lo documental. Y es de notar que fué a Lafond a quien el Protector se franqueó por primera vez, y aunque no del todo, en lo atinente a la Entrevista, cosa que no quiso hacer con Miller — sino muy a medias — en la carta que le escribiera, desde Bruselas, el 19 de abril de 1827 (*Archivo de San Martín*, VII, págs. 439 a 442). Debe puntualizarse que si a Miller sólo dijo que la Entrevista había respondido a concertar un plan militar, a Lafond le agregó otras referencias, pero sin que ninguna de ellas lograra tener vinculación cierta con lo conveniente a la forma de gobierno que, convenía establecer en los nuevos estados americanos.

Sarmiento, a su vez, ha manifestado que fué *el primer americano que [arrojó] alguna luz sobre aquella Entrevista misteriosa* (Obras, II, págs. 371 y siguientes) y que tuvo con San Martín *largas pláticas*, recibiendo de él los dictados con los que compuso cierta exposición, relativa al Protector, que leyó en el Instituto histórico de Francia (Obras, XLIX, pág. 19). Cosas semejantes se leen en diversos lugares de sus escritos. (Obras, XXI, pág. 42 y XXII,, pág. 78).

En el presente volumen, el embajador Colombres Mármol valoriza todas estas aseveraciones de Sarmiento.

(29) En el capítulo que en este libro se consagra a las *Versiones más difundidas*, se ofrece un cuadro completo de estos trabajos, y se realiza su ajustada estimación.

en las afirmaciones, casi como cien años atrás ⁽³⁰⁾. Faltaba lo que ahora se ha hecho: completar la documentación directamente vinculada con el asunto, y reajustar los testimonios subsidiarios. Por eso he dicho que el presente volumen acusa un resuelto paso de avance. De inmediato lo comprobaremos al entrar en conocimiento del significado que tienen las piezas recientemente arrancadas al olvido.

LOS NUEVOS DOCUMENTOS

Si prescindimos de cuanto, con más o menos hábil aprovechamiento de los elementos informativos disponibles, se tiene escrito sobre la Entrevista de Guayaquil, o si, deseando valorar la solidez de lo que allí se asevera, vamos en búsqueda de los documentos vertebrales que conciernen al suceso, nos hiere la evidencia de que — según ha dicho Villanueva, y ya he recordado en nota — son poquísimas las piezas *verdaderamente* históricas de las que se puede disponer. Deben enunciarse así:

1º Carta de San Martín a Bolívar, del 29 de agosto de 1822, usada por Mitre ⁽³¹⁾, y en la que el firmante, respecto de la Entrevista, sólo dice que sus resultados, para la pronta terminación de la guerra, *no han sido los que me prometía*, y en la que sólo se habla del problema militar ⁽³²⁾. Hacia el

⁽³⁰⁾ Carlos A. Villanueva, en lo que sobre la Entrevista escribió en 1913, y que fué reproducido en el varias veces citado volumen de la *Biblioteca de la juventud hispano-americana* (pág. 238), manifiesta que, fuera de las difundidas composiciones historiográficas que tratan el asunto, sólo se cuenta con *tres documentos verdaderamente históricos* que nos informan sobre lo conversado en las conferencias entre San Martín y Bolívar. Así era, en efecto, hasta el hallazgo que realizara el embajador Colombres Mármod, aunque con la salvedad — que estableceré luego, en el texto — de que el enunciado de piezas que hace Villanueva no es el exacto.

⁽³¹⁾ El texto en el tomo IV de la *Historia de San Martín*, págs. 615 a 617.

⁽³²⁾ Del texto de este documento, cuyo contenido ha sido pareado al de la carta de San Martín a Miller, del 19 de abril de 1827 (*Archivo*

final, además, San Martín dice que *los sentimientos que expresa esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio* (33).

2º Carta de Bolívar a Santander, fechada en Guayaquil el 29 de julio de 1822, y en la que el libertador relata lo substancial de lo que conversara con San Martín y oficializa, puede decirse, la versión que de lo tratado en la conferencia escribiera su secretario Pérez (34);

3º Comunicación del general J. G. Pérez, secretario de Bolívar, al Secretario de Relaciones de Colombia, fechada en Guayaquil el 29 de julio de 1822, y la oficialización de cuyo texto ha hecho el mismo Libertador en la carta a Santander, que acabo de mencionar (35).

A estas tres solas piezas se reducía toda la documentación que conocíamos hasta este año de 1940. El aporte que nos hace ahora el embajador Colombes Mármol, es de varias notas nuevas, que integran el conjunto, pero entre las que se destacan dos de importancia vital: una de Bolívar a San Martín, fechada en Guayaquil el 25 de agosto de 1822, y otra de San Martín a Bolívar, datada en Lima el 10 de septiembre del mismo año, y que es la respuesta a la anterior. Ambas tratan, concretamente, sobre lo conversado en Guayaquil, y son como la protocolización de la conferencia. Después de su lectura ya no es serio abrigar dudas acerca de cuáles fueron los asuntos con-

de San Martín, VII, pág. 439), se ha extraído la tesis de que en la Entrevista sólo se trataron problemas militares. Esa es, según se sabe, la de Ricardo Rojas.

(33) Como se vé, San Martín contrae así un compromiso que cumplió por lo menos durante más de veinte años. ¿A qué obedecía esta necesidad de sigilo riguroso? Quizá la explicación se la pueda hallar por el lado de las obligaciones que los libertadores de América tenían con las lógias a las que pertenecieron. (Véase, a este respecto, MOLINARI: *El gobierno de los pueblos*, Buenos Aires, 1916, pág. VIII). El compromiso era el de respetar la voluntad popular, pero tratando de imponer a los pueblos el régimen republicano.

(34) El texto en VICENTE LECUNA: *Cartas del Libertador*, Caracas, 1929, tomo III, pág. 58, y en *Archivo de Santander*, tomo III.

(35) La comunicación de Pérez es la que dió a conocer Goenaga, y de la que ya me he ocupado.

siderados en la Entrevista y cuáles las opiniones expuestas en ella por cada uno de los dos libertadores. En síntesis se puede ahora afirmar, que en la célebre conferencia se debatieron: a) la cuestión de Guayaquil, en cuanto a su anexión a Colombia, con perjuicio del Perú; b) el plan para finiquitar la guerra de la independencia; y c) la forma de gobierno conveniente para la organización de los nuevos estados americanos. Respecto del primer punto las discrepancias entre San Martín y Bolívar fueron categóricas, pues mientras el último no quería avenirse a lo que parecía razonable, el otro se empeñaba en hacer primar los derechos del Perú y evitar un conflicto fratricida. En cuanto al segundo, lo tratado en la conferencia está patente, más que en lo que expresan las nuevas piezas, en la conocida carta de San Martín del 29 de agosto de 1822, que viene a tener así un cabal sentido en el conjunto documental. Acerca del tercero, es decir el concerniente a la monarquía, las cartas que ahora salen del olvido ponen en clara evidencia que San Martín aspiraba a implantar un gobierno *unipersonal*, de tipo inglés, y que Bolívar se oponía a ello por considerarlo inconveniente, pero aspirando a hacer prevalecer el plan de una Confederación general de estados, *libres en el fondo*, y realizada a ejemplo de lo que ya tenían logrado los pueblos de la América del Norte.

Como se puede colegir por esta síntesis de su contenido, las nuevas piezas dan un remate final a la polémica entre bolivarianistas y sanmartinistas, y hacen innecesarias las teorizaciones, de ordinario frágiles, que se han formulado acerca del supuesto *misterio* de la Entrevista.

Y como podría hasta llegarse a dudar de la autenticidad de los desconocidos documentos, me adelanto a notificar que los he sometido a prueba, dentro de las técnicas autenticológicas que practico y acerca de las cuáles ejerzo docencia universitaria, ⁽³⁰⁾, habiendo verificado que resisten totalmente a ella. Son, pues, piezas históricas de irrefragable autenticidad.

⁽³⁰⁾ *Universidad Nacional de La Plata: Facultad de Humanidades. Programa de "Introducción a los estudios históricos americanos"*.

CONCLUSIÓN VALORATORIA

Por todo lo que queda expuesto, llégase, sin ninguna violencia, a una conclusión: la de que este libro, no sólo se destaca por las singularidades esenciales que ya establecí al comenzar mi exposición de prologista, sino, también, por la suma de nuevos y equilibrados elementos de juicio que aporta. Ellos van referidos a la mejor comprensión del significado histórico del general San Martín en la obra de la independencia americana, y a poner al descubierto el ningún fundamento que tiene el empeño denigratorio de que se le ha hecho víctima por parte de dos banderías bien perfiladas: la de los absurdamente celosos que suponen amenguado a su héroe porque haya habido otro coetáneo, y la de los demo-liberales, que juzgan las cosas del pasado con el criterio de ahora, identificando a todas las ideologías, con los fondos más encontrados, por el sólo rótulo que ellas llevan, el cuál, frecuentemente, no corresponde a su contenido verdadero. Por todo eso, pues, el San Martín que emerge de este libro es un San Martín más auténticamente histórico, y más comprensiblemente humano.

Tal es el mérito real de la nueva monografía.

RÓMULO D. CARBIA

